

ro sobre la mesa, al lado del quinqué, Chamberaud vió un par de pistolas. El comandante las tenia seguramente allí, al alcance de su mano, para defenderse, si los agentes de Fouché descubrieran su retiro.

Chamberaud cerró bruscamente la puerta y fué á colocarse entre la mesa y Claudio Riviere.

Pero quedóse aterrado al ver el rostro del comandante trastornado y desfigurado por la emocion.

Al ver á Teresa, Claudio se habia sentido como ahogado por un dolor horrible y tuvo que apoyarse en la pared, para no caer.

Sus cabellos se habian vuelto casi blancos desde su prision y todo su rostro varonil presentaba las huellas del sufrimiento.

Teresa no se atrevia á levantar los ojos, pero, al entrar, habia notado, con la rapidez de un relámpago, aquella palidez, aquellas arrugas, aquella cara desfigurada y creyó ver un espectro.

Chamberaud temblaba, dispuesto á detener la mano de Riviere cuando la alargara para coger una de aquellas pistolas que habia sobre la mesa.

Despues de un silencio espantoso, uno de esos silencios en que la vida se duplica por el dolor como por la alegría, Claudio Riviere dijo por fin una palabra con voz ahogada:

—¡Vos!

Le pareció á Teresa que aquella voz dolorosa pronunciaba un nombre de mujer—el suyo—pe-

ro solo llegó á sus oidos el apagado murmullo.

Luego, como no se atreviera á hablar, como permaneciera trémula, abatida, ofreciendo, por decirlo así su cuerpo á la expiacion, oyó á aquella misma voz que habia recobrado su acento profundo y varonil, decirla con un tono que la hirió más que todas las amenazas del mundo:

—¿Qué os habia hecho, Teresa, para daros el derecho de herirme en el corazon?

La voz humana tiene á veces un extraño poder y el tono de la queja es á veces más poderoso que la queja misma. Al oír aquellas palabras tan suavemente dichas y con una melancolía tan penetrante, como si encerráran en sí largas horas de dolor, Teresa sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y su pecho oprimido exhaló un violento sollozo.

No habia allí nada fingido, ni lágrimas buscadas. Aquellos dos sufrimientos estallaban uno formado por la vergüenza y otro por una tranquila grandeza.

Chamberaud miraba sorprendido al comandante Riviere.

—¡Levantáos—dijo Claudio—vuestros sollozos me hacen daño!

Sus cejas, en efecto, se fruncian como por horrible dolor físico.

Habia pasado su mano derecha entre dos botones de su levita y tenia apretado el corazon entre sus nerviosos dedos que se hundian en su carne.

Teresa fijó en aquel hombre sus ojos sorprendidos y suplicantes.

—¡Oh!—dijo la joven—no me habéis así, con esa voz que me atormenta más que los reproches... ¡Destrozadme bajo vuestros pies! ¡Arrojadme á la cara la injuria que merezco! ¡Pero vuestra piedad me da miedo! ¡Me parece que soy más culpable y menos digna todavía de perdon!

—Os he dicho que os levanteis—dijo lentamente Claudio Rivière. Os he amado demasiado para tener el valor de castigaros. ¡Oh! ¡no temáis, no os pido agradecimiento! ¡No he olvidado vuestra traición; pero al mismo tiempo me acuerdo de vuestras primeras sonrisas, de nuestras primeras entrevistas, de tantas horas que me han hecho creer en la dicha completa en este mundo!... En memoria de aquella felicidad, muerta la ira, ha cedido su sitio á la clemencia...

—¿La clemencia?... ¡Vos... clemencia! ¿Y conmigo?...

Volvióse azorada hácia Chambaraud.

—¿Le habéis oído? ¡Perdonal!... ¡Ah! ¡miserable de mí!... Yo esperaba ira, rabia, castigo y violencia... ¡pero el perdon!... ¡Es demasiado! ¡es demasiado!

—Perdonar no es olvidar—dijo friamente Claudio Rivière.

Teresa se había precipitado sobre las manos de aquel hombre y, á pesar del movimiento que él había hecho al principio para retirarlas, las estrechaba nerviosamente y las humedecía con sus lágrimas. Hubiera querido besarlas como los creyentes besan los pies de un santo con ve-

neración y agradecimiento; pero no se atrevía á rozarlas con sus labios. Temblaba aniquilada y vencida.

Aquel hombre, frío, grave, esclavo del deber, le parecía tal como le había entrevisto la primera vez que fué á la calle de Postas, admirable y revestido de su honor como de una armadura.

Y, como una atroz ironía, el nombre de Agustino ahogaba á Teresa.

Hubiera querido gritar aquel nombre acompañándolo de toda clase de ultrajes.

En la especie de estravío que reinaba en su espíritu, ignoraba si había sentido y sentía aun por Ciampi, amor ú odio.

Claudio Rivière retiró sus manos, y con voz más firme ya, como una orden, repitió:

—¡Levantáos!

La joven se incorporó rígidamente, echando hácia atrás sus magníficos cabellos, que se habían soltado, y miró á su marido como si hubiese esperado de él una sentencia de vida ó muerte.

—¿De modo—balbució—que no me rechazais como á la más criminal de las mujeres?

Rivière bajó los ojos; alguna vision evocada por estas últimas palabras cruzó por su espíritu.

—¡No me habéis de vuestro crimen—la dijo, —cuando yo no quiero acordarme sino de mi amor muerto!... ¡No, Teresa, no os rechazo, pero quiero que sepais que quien os habla ya no es vuestro marido!... Habéis roto los lazos que

nos unian, y faltado á vuestro juramento... En este corazón, que ha sido todo vuestro, puede quedar sitio para la adhesión de un amigo; pero ya no existe para el cariño de un esposo... ¿Qué os importa, en último resultado, que os ame ó no, puesto que no me amais?

La jóven permanecía inmóvil y muda. Empezaba á comprender que la mansedumbre de Riviere también era un castigo.

—Siento—prosiguió el comandante—haber os dado un nombre que hoy es un peligro para vos... La mujer del comandante Riviere debe ser tan activamente buscada por la policía como el comandante mismo... Os ofrezco, por consiguiente, para ocultaros, este asilo, en donde creo estar en seguridad completa, y, á partir de esta noche, podeis consideraros aquí en vuestra casa.

—¡En mi casa!

—Completamente.

Chambaraud escuchaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados y diciéndose: «¡Este es un hombre que sabe ser más que un hombre!»

—Pero—preguntó timidamente Teresa...—pero ¿y vos, comandante?

—¿Yo?

—Si—repuso la jóven.—A lo menos permaneceréis en este retiro, que es para vos la salvación y la vida.

—¿Yo? ¡Oh! no os ocupeis de mí—contestó Claudio.—¡Ya encontraré otro asilo!

—¿Os marchareis? ¿Huireis de aquí?

—¿Quereis acaso que os imponga el suplicio de mi presencia?

—Comandante, ¡ah! comandante—exclamó Teresa con acento desgarrador.—¡Tened cuidado! ¡Por fin, vuestra compasión va á ser feroz! Mirad, preferiría una bala de estas pistolas que están ahí encima á una de esas frias palabras que penetran en mi corazón como cuchillos! ¡Cómo! ¿porque yo entro aquí, vos os marchareis, buscando por ahí un asilo al azar, y expuesto á encontrar á cada paso la muerte? ¿Y he de ser yo la que os condene á entregaros por que en donde está el comandante Riviere la esposa culpable debe desaparecer? ¡Pues bien! venid—añadió volviéndose á Chambaraud.—Voy á entregarme á la policía, puesto que me busca, y os juro que no sabrá nunca, ni aun á costa de las mayores torturas, dónde se oculta aquel cuyo nombre llevo!

—No hareis eso, Teresa—dijo Claudio.

—¿Y por qué no?... ¿Qué soy ya en el mundo? ¡Un peligro y una mujer perdida! ¡Ocultarme en el asilo en que pasé mi juventud es imposible! ¡Los agentes del emperador me alcanzarían allí... ¿Pediros á vos, á quien he ultrajado, vuestra parte de asilo? ¿Con qué derecho? He roto cobarde y estúpidamente el lazo que me daba derecho á reclamar mi parte en vuestros peligros... ¡Ah! ya podeis, en efecto, perdonarme, porque comprendo que estoy bastante castigada. ¡No tengo más remedio que acabar mañana como quise acabar ayer!

—Yo no me he matado—dijo Riviere con su

voz dolorosa y soberbia.—¿Por qué os habiais de matar vos?

Ante aquella calma heroica y aquella grandeza la jóven sintióse aun más humillada.

Retrocedió instintivamente y llorando esas lágrimas ardientes que se deslizan como la sangre de una herida, se arrojó en brazos de Silvan Chambaraud, que, ante semejante dolor, no tuvo fuerza suficiente para rehusar á aquella pobre mujer el apoyo de su pecho y de sus brazos abiertos.

Cláudio los miraba en silencio.

De repente se estremeció al oír llamar á la puerta y esperó un momento con cierta ansiedad, escuchando si exteriormente resonarian los golpes en el orden masónico, que significaban: ¡es un amigo!

—No—dijo.—No han dado más que un solo golpe. ¡Es un peligro!

—¿Un peligro?—exclamó locamente Teresa soltándose bruscamente de los brazos de Chambaraud.—¡Ah! ¡bendito sea si nos reúne!

—¿Nos habrán seguido?—pensaba Chambaraud,—y ¿vendrá Plantade á advertirnoslo?

Hubo un momento de angustia muy corto seguramente, pero muy profundo. Despues del primer golpe, Riviere oyó otros cuatro dados á intervalos desiguales.

—El que llama posee nuestro secreto—dijo.

Y abrió bruscamente la puerta.

El que llamaba era Solignac.

—¿Vos?—dijo Claudio.

—Yo—dijo casi alegremente el coronel—que

he pasado por un polizante á los ojos de este quidan.

Y mostraba á Plantade que estaba detrás de él y muy pálido.

—¿Creí durante un momento que iba á tener que pasar sobre su cuerpo para llegar aquí?

—Plantade había recibido mis órdenes—dijo Silvan Chambaraud.

—Había prometido vigilar y vigilaba—dijo Plantade.

El coronel había entrado y cerrado la puerta.

Al ver á una mujer en quien no había reparado al principio, saludó con su elegante cortesía y no añadió una palabra esperando que Riviere hablase.

Entónces siguió un silencio más cruel quizás que el que había precedido á la entrada del coronel, y Teresa permaneció de pié en una actitud de estatua, mientras que Claudio, contemplándola en la penumbra que formaba la lámpara, parecía preguntarse lo que debía hacer.

Al cabo de un momento, que fué glacial, el comandante alargó por fin la mano hacia Teresa inmóvil, y dijo á Solignac sencilla y gravemente:

—¡Mi mujer!

Los apagados ojos de Teresa parecieron iluminarse de repente. Ahogó un grito de agradecimiento insensato, mientras que Chambaraud la detenía con la mano, al verla trémula por aquella misericordia y dispuesta á gritar al comandante: «¡Gracias!»

¡Todavía la daba aquel nombre, aquel título! Sentíase inundada de amarga alegría.

Solignac se había inclinado respetuosa y silenciosamente delante de Teresa.

—El señor Silvan Chambaraud,—continuó diciendo Riviere señalando al convencional.

Solignac saludó de nuevo y como si hubiese querido romper un silencio que adivinaba penoso:

—¡Vengo á traer os una buena noticia!—dijo á Claudio.

—¡Una buena noticia! ¿Para mí?—repuso el comandante, con una de esas sonrisas melancólicas en que la decepcion hace espresar la duda.

—¿Y cuál es?

—¡Que el emperador vuelve, y el emperador en París es la libertad para vos!

—¿Cómo es eso?—dijo Riviere, levantando la cabeza.

—Lo que yo no podía escribir, lo diré. El emperador nunca me ha negado nada, y quiero...

—¿Pedirle mi indulto?—interrumpió el comandante.—Os ruego que olvidéis la idea que se os ha ocurrido, mi querido coronel.

—No se trata de indulto. Yo no me ocupo de política ni allí ni en ninguna parte. ¡Se trata de devolver el derecho de vivir á un militar que ha combatido por su país!

—Pero ese militar es enemigo del emperador y ha trabajado para derribarle. ¡Yo no aceptaré nada del emperador; no le pido más que balas si todavía le combató y nuestra causa es vendida.

—El general Malet, vuestro amigo, mi querido Riviere, preso desde el mes de junio del año pasado, y en este momento en la cárcel de la Force, ha pedido á Fouché y al emperador que le pongan en libertad.

—Corriente, ¿pero Eva Demaillet y Rigomez Bazin, presos al mismo tiempo que él por el asunto del comité de la calle Bourg-l'Abbé han reclamado acaso semejante favor? No. Dejadme obrar como ellos, puesto que, más afortunado, he podido, gracias á vos, romper mis cadenas y vivir fuera de un calabozo.

—Sois incorregible—dijo Solignac.

—¡Más que nunca—repuso gravemente Claudio Riviere—amo la libertad y quisiera darla á mi país! ¡Este es un amor que, en su austeridad, no ha engañado por lo menos á nadie!

Claudio Riviere había dicho aquellas palabras con una especie de unción un poco amarga como si hubiese querido exaltarse á sí mismo, y no vió la expresión de dolor que pasó por el rostro de Teresa, así como tampoco oyó murmurar al antiguo convencional Chambaraud:

—¿Quién sabe?

—Escuchad—dijo Claudio dirigiéndose á Solignac—¿quereis quitarme una inquietud y hacerme un nuevo favor?

—Soy vuestro de corazón y de alma.

—Pues bien, no os ocupeis de mí, que estoy aquí libre por el pensamiento y dueño de mi destino, esperando días que quizás no llegarán nunca, pero cuya esperanza me hace vivir... Gracias á Castoret y á mi padre, que me pro-

porcionan lo que necesito, vivo en seguridad sin despertar sospechas y sin miedo á un delator... La portera que todos los días cuida estos cuartos, no sabe quien soy y la pagan lo suficiente para no hacerme traicion... además, su hijo, alférez de infantería, es de los nuestros... Os repito que no tengo nada que temer... pero quisiera que la mujer que lleva mi nombre proscribo no participara ni de mis peligros, ni de mi refugio... Buscar un asilo entre los de su familia le está vedado, porque sería entregarse á la policía. Halladle un asilo seguro en este París, en donde tanta gente conoceis, coronel... De ese modo habreis cumplido doblemente vuestro objeto y habreis asegurado dos veces nuestra salvacion.

—Me considero feliz con que esté en mi mano proteger á la señora Riviere—dijo Solignac inclinándose de nuevo ante Teresa, turbada.—Teneis razon, comandante, y la noble mujer que ha trabajado tanto como yo en vuestra evasión, me ayudará nuevamente en esta obra.

—¿La señorita de la Rigaudie?—dijo Claudio Riviere.

—Justamente—dijo Solignac.—Hay seres en este mundo que parecen haber nacido para hacer siempre favores.

—¡Y vos sois uno de ellos!

—¡Qué locura! Yo soy vuestro amigo y nada más. ¿Es acaso un gran mérito el servir á los que se ama?

Ni Solignac ni Claudio Riviere sorprendieron el movimiento singular que habia dejado esca-

par Silvan Chambaraud cuando salió de los labios del comandante el nombre de la señorita de la Rigaudie. El ex-convencional, que tenia cogida á Teresa de la mano, la soltó bruscamente para acercarse á Solignac.

—Dispensad, caballero—dijo.—Acabais de nombrar á...

—La señorita de la Rigaudie—repuso el coronel.—¿La conoceis?

—La conozco de nombre—dijo Chambaraud friamente.—Somos, segun creo, compatriotas. Fui diputado en la Convencion, por el departamento de la Haute-Vienne.

—Entonces, todos *paisanos*—repuso alegremente Solignac.—¡Yo tambien soy limosino!

—El coronel Enrique de Solignac—dijo Claudio.

—En efecto—repuso Chambaraud.—¡Ese nombre!...

El rostro, generalmente risueño, de Solignac se nubló de repente, como si el ex-convencional hubiese hecho alusion al nombre del pueblo que llevaba el coronel.

Silvan Chambaraud probablemente no habia pensado en ello.

Pero ya saben nuestros lectores que esta era la única fibra un poco melancólica del carácter de Solignac.

El coronel se apresuró á rechazar semejante idea de su imaginacion, y volviéndose hácia Teresa:

—¡Podeis estar segura, señora—le dijo,—de que en el hotel de la señorita de la Rigaudie es-

tareis en seguridad! Cuando querais os conduciré á él.

—¡Cómo!—exclamó Chambaraud—¿sin advertir á nadie?... ¿Bruscamente?

—¿Tenemos acaso tiempo que perder?—preguntó el coronel.

—No; pero...

Chambaraud parecia vacilar y miraba á Solignac con desconfianza.

—Supongo,—insistió el coronel,—que mi proposición no puede promover objección alguna!...

—¡Pardiez, no!—dijo el convencional.—Solo... que razones muy naturales... podrian...

—¿Impidir que la señorita de la Rigaudie recogiera á una mujer amenazada? No encuentro ninguna.

—¡Ah! coronel, vos olvidais realmente, que la señorita de la Rigaudie es de una casta á la que yo he combatido... y que debe aborrecer á los actores del drama en que yo tomé parte.

—Estoy seguro de que poco le importa el partido del ser que corre un peligro. Antes de mirar la escarapela que lleva considerará el peligro que corre.

—¡Sí... sí!... no lo dudo... ¡Pues bien! si unos tienen generosidad de alma, otros tienen su amor propio... y me seria muy desagradable que se supiese que la sobrina del convencional Chambaraud ha pedido asilo á una parienta de emigrados.

Riviere, bastante sorprendido por aquella objeccion, escuchaba á Chambaraud, mientras Teresa, entregada únicamente á sus propios

pensamientos, mortificada y doliente, contemplaba dominada y casi trémula á Claudio con una expresion de timida veneración.

—¡Ah! ¿es una cuestion de amor propio?—dijo Solignac.—La necesidad de salvar á esta señora, debe, no obstante, sobreponerse á todo. Además, ¿quién os dice que nadie sabrá que vuestra sobrina ha sido recogida por... (ya estoy oyendo la palabra que os ofende) una aristócrata?

—La señorita de la Rigaudie lo sabrá si los demás lo ignoran,

—¿Y por qué ha de saberlo? Yo acompañaré al hotel de la Rigaudie á la mujer del comandante Riviere, y, si el comandante no tiene los mismos escrúpulos que vos, la señora estará segura, sin que vos tengais que agradecer nada á nadie. ¡Ah! ¡vive Dios!—añadió el hermoso Solignac,—yo creia que los años apaciguaban los ódios humanos; pero al escucharos, me convenzo de que me equivocaba; el tiempo pasa y los ódios quedan.

—El tiempo nada puede contra ciertos recuerdos—dijo Silvan Chambaraud.—Ya lo aprenderéis por esperiencia propia, coronel, cuando tengais edad para ello.

—Mientras tanto—repuso Solignac—voy á poner en seguridad á esta señora... ¿Consentis en ello, comandante?

—Y os lo agradezco en el alma,—contestó Riviere.

Teresa se habia acercado al comandante, y, en voz baja, con acento humilde y suplicante:

—Quisiera deciros dos palabras,—le dijo.

Solignac y Chambaraud se apartaron con un movimiento casi instintivo.

Teresa permanecía de pié, pero algo inclinada ante Claudio, y con las manos juntas como si estuviese hablando á Dios:

—Quiero deciros, que si existe en el mundo alguna mujer que quisiera rescatar su locura, con una vida de amargo y profundo arrepentimiento y con una abnegacion y sumision de todos los dias y de todas las horas, esa soy yo!

—Os creo sinceramente—repuso Claudio en voz baja tambien, pero con acento firme.

—Entonces—murmuró la joven con una expresion desgarradora de temor y súplica—puedo llevar la esperanza de que... quizás... algun dia... alcance vuestro perdon...

—Ya os he perdonado—dijo el comandante.

—Perdonar es grande, pero olvidar...

—¡Oh! ¡el olvido!—dijo Riviere con profunda melancolia.—El olvido no pertenece al hombre, si no al tiempo. Además,—y la miró fijamente con sus ojos firmes, enérgicos y claros—si para vos ha sido el perdon, para el otro ha de ser el castigo... ¡Cuando me haya vengado, entonces veremos!

Luego hizo un gesto que significaba: «No tengo más que decir.»

Y Teresa, vacilante, se volvió buscando un apoyo como si fuera á desmayarse.

El brazo de Solignac la sirvió de apoyo, y el coronel se despidió de Claudio Riviere estrechándole la mano.

—Adios—murmuró Teresa con voz moribunda.

—Hasta la vista... ¡tal vez!—dijo entonces el marido, cuyo destrozado corazon pertenecia por completo todavía á aquella mujer.

Y cuando Solignac iba á salir del pabellon que daba á la oscura avenida, Chambaraud le dijo:

—De modo, que mi nombre...

—¡No se pronunciará siquiera!

—¿Puedo contar con ello?

—Sí, ciudadano,—dijo el coronel sonriendo.—

La sobrina del convencional Chambaraud no será, para la señorita de la Rigaudie, más que la mujer del comandante Riviere.